

LA LEYENDA NEGRA DE JOSÉ MARÍA CÓRDOVA

Humberto Barrera Orrego

“No amo al hombre; amo la llama que arde en él”.

Niko Kazantzakis. *La Odisea*.

“Parece destino de la virtud, del heroísmo y del verdadero mérito, el sufrir, y no gozar”, anotó José María Córdova de su puño y letra en la adaptación que hizo en 1821 de un tratado gaditano de táctica para las compañías ligeras de los batallones de línea, con algunas variaciones de su propia cosecha. Y aunque tan sólo tenía veintiún años de edad y se refería concretamente a sus tensiones durante el cerco de Cartagena con los coroneles Mariano Montilla y Luis Rieux, cifró con notable clarividencia su destino en diez y seis palabras lapidarias.

Pocas figuras de nuestra historia nacional han sido tan acosadas en vida por la envidia y vilipendiadas sin misericordia después de su muerte —vale decir, incomprendidas por sus contemporáneos y por la posteridad—, como la del general José María Córdova. Se le amaba o se le detestaba incondicionalmente, sin medias tintas. Según el general Posada

Gutiérrez, era “arrebataado, un poco engréido con su elegante figura, algo petulante, impetuoso y franco hasta la indiscreción”¹. Por su parte, José María Baraya dice en sus *Biografías militares*: “Su fisonomía era hermosa y su cuerpo lleno de gracia y elegancia”. Este contraste aparente entre su figura y su temperamento podría explicar en parte la aversión o la seducción que inspiraba a las personas de su círculo más allegado. No obstante, la metáfora oriental de que el otro es un espejo que refleja los aspectos más sombríos o más luminosos de nuestra alma acaso daría una idea más adecuada de los sentimientos que despertaba y sigue despertando la figura de Córdova entre quienes por distintos motivos nos acercamos a él. En efecto, por una singular alquimia vemos a los demás exactamente como somos nosotros. Ya lo dijo agudamente un anónimo cronista: “Todos los hombres tienen sus tendencias, sus perspectivas naturales, sus pasiones. Pero hay la perspectiva del águila y la del grillo. Hay pasión y pasiones de muy diversos quilates”.²

La incomprensión persiguió a Córdova desde muy temprano en su vida. Cuando se desempeñaba como gobernador de Antioquia a los veinte años de su edad y dispuso el fusilamiento del oficial real Antonio del Valle por un faltante que tenía en sus cuentas, el hecho pasó durante casi 180 años por un acto de barbarie y no como lo que fue en realidad, el justo castigo de un funcionario avezado desde años atrás al hurto continuado. Muchos años después, el doctor José María Martínez Pardo, que era un jovencito de catorce años cuando presencié el fusilamiento al pie de un árbol vecino al atrio de la catedral de Santa Fe de Antioquia, al evocar aquel hecho diría que Córdova le respondió a don José Pardo: “Nada falta, señor don José, pero yo tengo que sembrar el terror para despacharme pronto”³. Esta respuesta convierte al futuro héroe de Ayacucho en un terrorista y un sanguinario peor que Sámano. No creo que el doctor Martínez Pardo, un médico de reconocida solvencia moral y notorio por su caridad, se hu-

-
- 1 Joaquín Posada Gutiérrez. *Memorias histórico-políticas*. Tomo I. Medellín, Bedout, 1971, passim.
 - 2 Anónimo. *Historia sucinta de la Masonería española*. 1923. Tomo III, págs. 76-77. Citado por José Antonio Ferrer Benimeli. *Los archivos secretos vaticanos y la masonería*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1976, pág. 8, nota 6.
 - 3 Eduardo Posada. *Biografía de Córdova*. Documento No. 20.

biera atrevido a inventar semejante infamia, pero no hacía otra cosa que repetir un lugar común propalado por sus mayores hasta adquirir el rango de dogma de fe. Por suerte, descubrimientos históricos recientes llevados a cabo por la historiadora Beatriz Patiño Millán⁴ han puesto las cosas en su punto: en efecto, Antonio del Valle, amparado en la dignidad de su cargo y atrincherado en su clase social, venía cometiendo desde antiguo el delito de apropiarse de los dineros públicos, hasta el punto de haber sido torturado por orden del oidor y visitador Juan Antonio Mon y Velarde. La historia, escrita por miembros de la misma clase social del tesorero real, absolvió a éste de toda culpa y por el contrario les colgó el sambenito de sanguinarios a los dos gobernadores, al colonial y al republicano, que con treinta y cinco años de diferencia se atrevieron a dar un escarmiento al funcionario corrupto.

Otro caso notable por su felonía es el del historiador envigadeño José Manuel Restrepo. Córdova nombró a este señor como gobernador civil con funciones de baja policía para que compartiera con él la carga de administrar la provincia en 1819. Más tarde, cuando hacía parte de la élite exclusiva del consejo de ministros de Bolívar, tuvo para con Córdova palabras duras e injustas. El 23 de octubre de 1828, a un mes de la Noche Septembrina, anotó en su *Diario*: “Hoy a las nueve y media de la mañana se ha presentado al intendente el comandante Carujo, que se hallaba oculto en la ciudad en la casa del general Córdova...” Nuevamente, la historia ha salido en defensa de Córdova, pues sabemos que no fue en su casa donde se ocultó Carujo, sino que fue fray Tomás Sánchez Mora⁵, de la orden de predicadores, quien le dio asilo en un sitio hasta hoy ignorado.

Sin embargo, no paró ahí la saña del doctor Restrepo contra Córdova. Un año más tarde, cuando se conoció en Bogotá la rebelión del prócer antioqueño, consignó en su *Diario* el 7 de octubre este sarcasmo: “¡Libertad en boca de Córdova, que dondequiera que ha mandado ha sido el mayor déspota y que nada ha respetado, es la cosa más ridícula! Su conducta, después de ser la más negra ingratitud a los beneficios y distinciones con

4 Beatriz Patiño Millán. *Criminalidad, ley penal y estructura social en la provincia de Antioquia, 1750- 1820*. Medellín, IDEA, 1994, pág. 101.

5 Pilar Moreno de Ángel. *José María Córdova*. 2ª ed. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1979. Tomo II, pág. 500.

que lo ha colmado el Libertador, manifiesta una loca ambición. No es la constitución, la libertad ni las garantías las que busca Córdova; es que espera derribar al Libertador y apoderarse del mando, creyéndose el primer hombre por lo menos de la Nueva Granada, a cuyo efecto desea separarla de Venezuela". ¿De dónde surgió hipótesis tan peregrina? Córdova jamás se creyó el primer hombre de la Nueva Granada, y mucho menos pretendía separarla de Venezuela. Pero la imaginación de Restrepo no se paraba en pelillos.

Quince días más tarde, el 23 de octubre, no tuvo el menor reparo de conciencia en anotar esta sarta de mentiras: "Hoy hemos sabido de una persona fidedigna ser indudable que Córdova fue de los conspiradores del 25 de septiembre. Aseguran que estuvo en la casa de gobierno con todos los demás que entraron a asesinar al Libertador. Que después se retiró con Carujo y una partida de artilleros; que en San Victorino se batió contra los soldados de Vargas, los que lo hicieron prisionero; mas que en el acto les preguntó que ellos por quién peleaban, y diciéndole que por el Libertador, dijo que él peleaba por el mismo y que se habían batido por equivocación. Se le creyó, lo mismo que la aserción de que había quitado a Carujo en la calle de la Capuchina la partida de artilleros con que se batió. Muchos sospecharon entonces, pero se disiparon las sospechas. *La misma persona me ha asegurado que Córdova en amistad le dijo que había tenido parte en la conspiración, y también que tuvo escondido a Carujo en su casa.* Estas acciones y la conducta hipócrita que observó Córdova en aquellas circunstancias manifiestan un corazón depravado; estuvo de presidente del consejo de guerra, y era el que opinaba más violentamente contra sus conspiraciones y enemigo implacable del general Santander; admitió en aquellos días el ministerio de guerra y después el mando de la expedición a Popayán. Se daba, pues, como ardiente amigo del Libertador para hacerle traición en la primera oportunidad". (Subrayado por mí.)

¿Qué clase de "persona fidedigna" es aquella capaz de propalar un rumor sin fundamento que puede costarle la vida a la víctima de su lengua viperina?

Muchos años más tarde, cuando ya se habían aplacado los ánimos y se había decantado la historia, Restrepo dio nueva rienda suelta a su vieja

animosidad y afiló su pluma para ponerle esta nota, la número 20, al tomo IV de su *Historia de la Revolución de Colombia*: “El partido político a que pertenecía Córdova atribuyó su muerte a una orden expresa del general O’Leary, creencia que fue harto general, sobre todo en la Nueva Granada. Apoyose en declaraciones dadas en 1831 por los coroneles Castelli y Murray y por el general Francisco Urdaneta. Sin embargo, O’Leary ha rechazado semejante aserción como calumniosa y altamente ofensiva a su carácter. Asegura que el comandante Hand no conocía personalmente a Córdova, y que sólo dos días antes O’Leary había conocido a Hand; por consiguiente, que era el hombre menos a propósito para comunicarle tal orden, que habría dado de preferencia a otros oficiales con quienes tendría mayor confianza, o a algún sargento o cabo de sus conocidos. Tacha las declaraciones de Urdaneta y Castelli como dadas en una época en que el primero quería congraciarse con el partido político vencedor, que era contrario a O’Leary, a fin de que se le reinscribiera en la lista militar. En cuanto a Castelli, dice que dio su declaración para salvar su vida, que estuvo al perder en 1831, y conseguir después su libertad. La declaración de Murray merecía poco crédito a O’Leary por su mal carácter (!), conocido generalmente. Además, el general O’Leary dice con razón que si él hubiera querido quitar la vida a Córdova, lo pudo hacer con facilidad mandándole juzgar breve y sumariamente, según el decreto contra conspiradores, y por haber hecho matar en Medellín a los oficiales Vélez y Herrera; que si le hubiera podido tomar prisionero, *habría hecho con él lo mismo que hizo con sus hermanos Salvador Córdova y Manuel Antonio Jaramillo: pedir al gobierno su indulto como premio del servicio que O’Leary acababa de prestar pacificando a Antioquia*, indulto que consiguió del Libertador. La conducta clemente de O’Leary respecto de todos los complicados en la revolución de Antioquia, su carácter bien conocido, que en la guerra de independencia fue siempre dulce, humano y verídico, nos han persuadido de que injustamente se le atribuye la muerte del general Córdova. Éste fue un suceso lamentable, no meditado, y consecuencia inmediata de la guerra civil promovida por el mismo Córdova con la mayor imprudencia y aun locura, para saciar su desmesurada ambición”. (Su-
brayado por mí.)

Conviene analizar ciertas afirmaciones que contiene este largo párrafo. En primer lugar, O’Leary descalifica la declaración de Murray, según

él, debido al mal carácter de éste. De acuerdo con esta premisa absurda, las personas temperamentales son mentirosas. Como O'Leary, por el contrario, tenía un carácter "dulce y humano", esto lo convertía automáticamente en un individuo veraz.

Por otra parte, O'Leary no podía descalificar a todos los testigos. Faltaba el principal: Rupert Hand, que le curó una disentería dos días antes de la carnicería del Santuario y en quien confiaba ciegamente, o casi. Hand declararía tres años después en Cartagena: "...y en aquel momento, atravesando al galope aquel llano, fue herido mi caballo y murió; yo fui arrojado a cierta distancia y recibí una violenta contusión en la cabeza, la cual cuasi me dejó sin sentidos; yo me levanté y corrí hacia el cuerpo de tropa más inmediato con mi sable desnudo (...) En este momento encontré a O'Leary, quien me dijo: "*Away to that house, Sir, and if Córdova is there, kill him*". (...) Algún tiempo después tuve la orden de seguir con la caballería y acompañar al general a Rionegro; a poco de haber salido y hallándonos en el camino, me dijo O'Leary: "*Vuélvase usted y diga al jefe del estado mayor tenga cuidado con Córdova, porque debe ser fusilado conforme a las órdenes que he leído*". Yo dije: "*Señor, él no puede vivir media hora*". "*Bien, dijo él entonces; vaya usted, sin embargo*"⁶.

En cuanto a la supuesta "conducta clemente" de O'Leary, que Restrepo se ufana en proclamar, la historiadora Jo Ann Rayfield la desenmascaró ampliamente: "Mi objeto en conceder esta garantía ha sido impedir que estos prófugos se reuniesen con los facciosos del Chocó, que aún tienen las armas en la mano"⁷, le escribió el irlandés a Rafael Urdaneta. La amistad de Restrepo hacia O'Leary y su notoria animosidad contra Córdova invalida por completo la presunta objetividad del historiador.

Restrepo se consideraba a sí mismo hombre de arraigadas virtudes cristianas. Así, escribe en su *Autobiografía*: "Ruega con el mayor encarecimiento a sus queridos hijos que nunca abandonen y que practiquen siem-

6 *Asesinato de Córdova. Proceso al primer comandante Rupert Hand*. Bogotá, Editorial Kelly, 1979, págs. 87-88.

7 Jo Ann Rayfield. *Después del Santuario. La pacificación de Antioquia por O'Leary*. 1829. *Boletín de Historia y Antigüedades*. No. 740. Enero-marzo 1983, pág. 300.

pre los preceptos de la religión y de la moral cristianas... Huyan la indiferencia religiosa y el quebrantar los preceptos de una rígida moral; ella reprueba el que voluntariamente se falte a lo pactado, el que no se diga la verdad aun en materias leves, y *que se vulnere el honor del prójimo*⁸ (S Brayado por mí). Esto fue escrito el 30 de junio de 1855, a pocos meses de distancia de la publicación de su *Historia de la revolución de la república de Colombia*.

Y de acendrados sentimientos patrióticos. “Aquí [en Jamaica] permaneceré hasta que pueda conseguir un indulto de nuestro augusto soberano el señor don Fernando VII. Entre tanto mi conducta será la más fiel a su majestad como lo justificaré llegado el caso, pues ha mucho tiempo que detesto cualquier idea revolucionaria y sólo deseo vivir tranquilamente en el seno de mi familia”⁹.

Este es el patriota y padre de familia cristiano que no solo juzga duramente y sin fundamento a Córdova, sino que se atreve a repetir una calumnia y a propalarla en sus escritos, uno de ellos de dominio público, la *Historia de la revolución de Colombia*.

Por su parte, O’Leary contribuyó con sus embustes a empañar la reputación de Córdova. Su actitud malévola estuvo motivada por el amor ciego a Bolívar, el odio al prócer antioqueño y la pasión facciosa. Una de sus proclamas, escrita después del combate del Santuario, declara:

“Soldados: ese cadáver que contempláis con triste indignación era un hombre mimado por la fortuna. *La generosidad del Libertador* lo elevó al último grado de la milicia y le prodigó los más honoríficos destinos. Embriagado por la prosperidad atentó contra su bienhechor y contra su patria. ¡Que su suerte sirva de ejemplo a los ingratos y a los traidores, y vuestra conducta, de modelo a los leales servidores de Colombia!”¹⁰. (S Brayado por mí.)

8 José Manuel Restrepo. *Autobiografía*. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá, 1957. Pág. 48.

9 Carta de Restrepo al gobernador Sánchez Lima. Kingston, 9 de diciembre 1816. En: José Rafael Sañudo. *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Medellín, Bedout, 1975, pág. 119, nota 1.

10 Eduardo Posada. *Biografía de Córdova*. Documento 256.

Al afirmar que fue “la generosidad del Libertador” lo que llevó a Córdova “al último grado de la milicia”, O’Leary le faltó al respeto a su amado Bolívar al pretender que éste otorgaba grados y favores a granel, no por mérito sino por capricho. Y se puso en evidencia ante las tropas, puesto que muchos de los presentes participaron en la batalla de Ayacucho y fueron testigos del ascenso de Córdova a general de división en el campo mismo de la batalla a la edad de veinticinco años, único militar que se hizo acreedor por su arrojo a semejante distinción¹¹.

En otra proclama redactada ese mismo día dijo el edecán irlandés:

“Antioqueños: vuestra provincia fue la morada del reposo, de la dicha y la prosperidad: aquí las leyes fueron obedecidas y el gobierno respetado, hasta que el general Córdova levantó en medio de vosotros el estandarte de la rebelión. Traidor a su patria, traidor a sus deberes y traidor a su bienhechor, el general Córdova ha hollado cuanto hay de respetable en el orden social; y para hacer más execrable su atentado, escogió por teatro de sus crímenes el lugar santo donde reposan las cenizas de sus padres. La Providencia, siempre justa, hoy ha querido castigar tantos delitos y aplacar la vindicta nacional con la sangre del rebelde”¹².

Y en el Detalle de la victoria del Santuario, dirigido desde Rionegro el domingo 18 de octubre al general Rafael Urdaneta, ministro de la guerra, tuvo la desfachatez de consignar este pasaje:

“A mi vuelta a la casa encontré en nuestro poder al infortunado general Córdova, que acababa de recibir una herida mortal, y *suplicaba* permiso para hablar conmigo. Al contemplar su desgracia, yo me olvidé de su perfidia y su traición para recordarme por un momento de mi antiguo amigo y compañero de armas. Me habló de su ingratitud y de arrepentimiento, de la clemencia del Libertador y del gobierno, y expiró después de haber recibido mil atenciones de nuestros jefes y oficiales”¹³. Aquí viene como anillo al dedo la lúcida acotación de Voltaire: “Es difícil escribir

11 Guillermo Miller. *Memorias*. En: Alberto Montezuma Hurtado. *Antología de la batalla de Ayacucho*. Bogotá, Editorial Andes, 1974.

12 Eduardo Posada, op cit. Documento 255.

13 Eduardo Posada, op cit. Documento 258.

mayores mentiras con un estilo más indecente”¹⁴. Primero lo tildó de traidor a la patria, a sus deberes y a su bienhechor. Después lo pintó como un cobarde arrastrándose a sus pies como un gusano, suplicando perdón por el crimen nefando de ser fiel a su propia conciencia. Como si fuera traicionar la patria atacar la dictadura y a los áulicos que se prosternaban ante el proyecto de monarquía para recoger las migajas caídas de la mesa imperial. De hecho, y según se desprende de una carta a su esposa Soledad Soubllette, a O’Leary no le desagradaba la idea de ser príncipe aspirante al trono de Bolívar, precedido tan sólo por Rafael Urdaneta en la línea de sucesión¹⁵. Tan público y notorio era el movimiento de los *cosiateros*, es decir, de los partidarios de la monarquía, que en la navidad de 1829 los miembros de la expedición punitiva gritaban de noche por las calles de Medellín: “¡Viva Simón Primero! ¡Abajo los cordovistas, abajo los enemigos del gobierno!”¹⁶.

Ya en el ocaso de su vida, sin duda corroído por el remordimiento, el otrora edecán de Bolívar y ahora representante diplomático del Reino Unido, escribió para reconciliarse con los fantasmas que le roían la conciencia:

“...su fin [el de Córdova] correspondió con todo el tenor de su vida. Combatiendo como un león, cayó y expiró austeramente, soberbio y sin haberse arrepentido...”¹⁷ Lamentablemente, este documento póstumo sólo fue dado a la imprenta en 1969, y en idioma inglés. Es decir, es accesible únicamente para un puñado de especialistas. La opinión pública sigue creyendo en las mentiras oficiales de O’Leary.

14 Voltaire. *Indiscreciones del Rey Sol*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pág. 51, nota.

15 Jo Ann Rayfield. *Después del Santuario. La pacificación de Antioquia por O’Leary. 1829*. *Boletín de Historia y Antigüedades*. No. 740. Enero-marzo 1983, pág. 294.

16 Carmelo Fernández. *Memorias*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1973.

17 D. F. O’Leary. *The detached recollections*. Citado por Jo Ann Rayfield. *O’Leary y Córdova: un resumen historiográfico y nuevos documentos*. *Boletín de Historia y Antigüedades*. No. 688. Enero-marzo 1970, pág. 170.

Por su parte, los primeros biógrafos de Córdova no le hicieron favor al prócer. Su sobrino, Federico Jaramillo Córdova, que tuvo acceso a innumerables documentos y a la tradición familiar, fue el primero en poner a circular diversos infundios relativos a la biografía de su notorio pariente. Eduardo Posada denunció una de ellas:

“Jaramillo Córdova habla de una comunicación del consejo de ministros a Córdova, en la cual le hace muchas ofertas, y de una contestación de éste; y aun pone un párrafo de la última. En ninguna parte hemos hallado comprobación de ello; y el párrafo que inserta dicho biógrafo parece apócrifo, pues tiene frases tomadas de esta contestación a [José Manuel] Montoya y otras que no son del estilo de Córdova”¹⁸.

No obstante, la que hallaría mayor eco sería la versión del entierro del héroe de Ayacucho. Jaramillo Córdova la refiere así:

“Córdova tenía que sufrir todavía el ser arrastrado en una barbacoa, expuesto en público para que sus enemigos lo contemplaran, *arrojado de noche en un inmundo pasadizo*, y tirado al día siguiente como un can, en el último rincón de un cementerio, lleno de befas y de maldiciones...”¹⁹ (El subrayado es mío.)

En 1898, veinte años después de la publicación de la biografía de Córdova por su sobrino Jaramillo Córdova, se dio a la imprenta el opúsculo *El Santuario*, versión podada y esterilizada de una carta de José María Arango Carvajal, combatiente en El Santuario y primo en segundo grado del general, a Francisco de Paula Rendón, escrita con el ánimo de preservar para la posteridad los últimos cuarenta días de la vida de Córdova. El relato de Arango Carvajal como testigo presencial concluye en el momento en que Córdova, con el uniforme manchado de la sangre que manaba de su hombro derecho, se disponía a dar los seis pasos que lo separaban de la casa hospital. El niño de trece años y medio que siete decenios más tarde se libraría de la pesadilla de sus recuerdos vertiéndolos al papel,

18 Eduardo Posada, op. cit. Documento 252, nota.

19 F. Jaramillo Córdova. *Biografía del benemérito general José María Córdova*. Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1876. Editorial Kelly, Biografías del siglo XIX, No. 36, pág. 95.

huyó en el caballo rucio mosqueado del general, en compañía de Salvador Córdova y de Juan José Niño, ordenanza del ajusticiado. “Continuamos nuestra narración —dice Arango Carvajal— no ya como testigos presenciales, pero sí con referencia a personas de nuestro completo crédito por su honradez e imparcialidad”²⁰. Es decir, la misma clase de “personas fidedignas” que invocaba el doctor José Manuel Restrepo. Y a renglón seguido acoge la versión de los “generosos campesinos” que trasladaron el cadáver de Córdova a Marinilla, donde supuestamente lo dejaron abandonado en un zaguán.

En 1927, Roberto Botero Saldarriaga retomó la conseja de los “comedidos campesinos” y tejió en tono melodramático una versión que hizo carrera. Tanto, que hoy todavía la repiten ciertos cordovistas de cuño decimonónico, y hasta el anónimo autor de la serie sobre los apellidos que hace varios meses viene apareciendo en las páginas de *El Colombiano*²¹. Vale la pena traer a colación el quejumbroso cuanto inexacto pasaje:

“Cuando los soldados de la dictadura se alejaron para Rionegro y Marinilla, el abandono más absoluto cayó piadosamente sobre el ensangrentado cadáver de su víctima; sólo horas más tarde unos comedidos campesinos de aquellos contornos tejieron una rústica barbacoa de ramas verdes y, colocando sobre ella el rígido cuerpo del héroe, se encaminaron a la ciudad de Rionegro con el caritativo propósito de entregarlo a su familia.

“La noche y la lluvia los detuvieron en la ciudad de Marinilla, y allí en oscuro y desierto pasadizo de una casa descargaron los despojos de Córdova y lo abandonaron para poder regresar a sus hogares.

“El cuerpo sangriento y empolvado del prócer, olvidado, confundido, entre los desechos de pobres útiles de labranza, encontró un compasivo sudario entre las tinieblas de esa noche invernosa, y por fieles compañeros de la última jornada el silencio y el abandono absolutos.

20 José María Arango Carvajal. *El Santuario*. En: Eduardo Posada. *Biografía de Córdova*. Documento No. 265.

21 Apellido Córdova. *El Colombiano*, jueves 29 de enero de 2004.

“Al día siguiente manos desconocidas, quizá compasivas, lo condujeron al camposanto de la ciudad, y en el rincón de los olvidados, de los anónimos, le dieron sepultura, sin dejar una señal siquiera que indicara que aquella era la fosa del bravo entre los bravos de Colombia”²².

Lo cierto es que quienes trasladaron el cadáver de Córdova con destino a Rionegro no fueron tales “generosos campesinos” sino los miembros de la segunda compañía de flanqueadores de la expedición punitiva, según lo refirió hacia 1880 en sus memorias el acuarelista Carmelo Fernández. Un fuerte aguacero los detuvo en Marinilla, y el cadáver fue asistido y lavado en el primer piso de la casa del presbítero y doctor Jorge Ramón de Posada²³, en presencia de éste y de otras personas principales de aquella villa. Entre ellas el doctor Antonio Mendoza, íntimo amigo de los Córdovas²⁴, que se desempeñó como médico del llamado Ejército de la Libertad. O’Leary, invocando razones de carácter humanitario, a saber, el deseo de evitarles un mayor dolor a los parientes del héroe y a los habitantes de Rionegro, ordenó que el cadáver fuera enterrado en el cementerio de Marinilla, al amanecer, sin exequias ni velatorio ni constancia en los libros parroquiales, y en el último rincón, como si se tratara del peor de los criminales²⁵. En realidad lo movía un pérfido sadismo, ensañado contra quien se atrevió a enarbolar los pendones de la libertad, pues sabía que en Rionegro el ajusticiado recibiría por parte de su familia y amigos los honores debidos a su gloria y a su rango. El educador Ignacio Giraldo dejó escrito que el precipitado entierro se debió a que “al otro día amaneció el cadáver descompuesto”²⁶. Esto es absurdo. Habían transcurrido tan

22 Roberto Botero Saldarriaga. *Córdova*. Medellín, Bedout, 1970, pág. 649.

23 Hermenegildo Botero. *La revolución del general José María Córdova*. *Repertorio Histórico*. Órgano de la Academia Antioqueña de Historia. Medellín. Año II, Nos. 14-15, junio de 1919, y Humberto Barrera Orrego. *Muerte y transfiguración del general José María Córdova*. *Boletín de Historia y Antigüedades*. Bogotá. Vol. LXXXV. No. 803, octubre-diciembre 1998.

24 *Asesinato de Córdova*. *Op. cit.*, pág. 178.

25 Humberto Barrera Orrego. *José María Córdova, entre la historia y la fábula*. Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2001, pág. 151.

26 Citado por Laureano García Ortiz. *Estudios históricos y fisonomías colombianas*. Bogotá, Editorial ABC, 1938, pág. 112.

sólo doce horas desde la muerte de Córdova, la causa de la muerte no fue una septicemia y el clima de aquel octubre era glacial²⁷.

Por su parte, el canónigo Ulpiano Ramírez Urrea agrega nuevos elementos fantasiosos a la ya confusa historia. Citando el testimonio del doctor Jesús María Gómez, hijo de Antonio Gómez, combatiente en Chorros Blancos y en la campaña de la costa atlántica, refiere que "el cadáver de Córdova lo trajeron los marinillos de Santuario, que don Pedro Ruiz en Marinilla lo pidió, y lo asistieron y velaron en su casa; que al otro día el doctor Posada lo llevó a la iglesia, le cantó y después lo sepultó en el cementerio; que tres meses después unos señores de Rionegro lo sacaron y lo llevaron para allá"²⁸. Sabemos por documentos de la época²⁹ que el cadáver no fue exhumado hasta el 8 de abril de 1832. Y que del entierro de Córdova no quedó constancia en los libros parroquiales de Marinilla.

Pero a pesar de que las *Memorias* de Carmelo Fernández y el *Proceso contra el primer comandante Rupert Hand* son libros que pueden consultarse fácilmente en distintas bibliotecas de Medellín, algunas personas supuestamente estudiosas de la vida de Córdova continúan repitiendo hasta la saciedad la tradición sin fundamento de los "humildes campesinos" y del cadáver tirado en un zaguán.

El siglo XIX fue tan pródigo en hojarasca legendaria que uno de los primeros biógrafos de Córdova, el doctor Juan Crisóstomo Llano, escribió en el frontis de su libro: "Habiendo convertido la tradición al general Córdova en una especie de mito a caballero de la Tabla Redonda, a quien se han atribuido hechos poco menos inverosímiles que los de los Doce Pares de Francia, se necesitaría un ojo de lince para rastrear la verdad en medio de ese laberinto inextricable de anécdotas fantásticas o adulteradas que el vulgo atribuye al ilustre vencedor en Ayacucho"³⁰. Aquel labe-

27 Humberto Barrera Orrego, op cit., pág. 150.

28 Pbro. Ulpiano Ramírez Urrea. *Marinilla y el señor Jiménez*. Medellín, Tipografía de San Antonio, 1918, pág. 54.

29 *El Constitucional Antioqueño*, No. 1. Medellín, 22 abril 1832. En: Eduardo Posada. *Biografía de Córdova*, doc. 293.

30 Juan C. Llano. *Biografía del prócer americano José María Córdova*. Medellín, Imprenta del Estado, 1876, pág. 4.

rinto incluye la piadosa invención de Córdova rechazando en su agonía el sacramento de la confesión que le ofrecía su enemigo el sacerdote oriundo de Marinilla Francisco Javier Gómez, y aceptando en su lugar los auxilios espirituales del padre Modesto de Hoyos, también marinillo y ex combatiente de la Patria Boba³¹. Ninguno de los testigos interrogados durante el proceso contra Hand declaró que el prócer se hubiera confesado. Y la imaginación febril de Felipe Larrazábal que muestra a Córdova sacrificando su caballo antes de la batalla de Ayacucho, un gesto cruel e inútil calcado de Plutarco, quien lo refiere de Espartaco, el esclavo romano que encabezó una rebelión³². Y el famoso cajón de granos que supuestamente le sirvió de último lecho. Cuando hacia 1897 la maestra María Ignacia Arango de Llano le preguntó al general Francisco Giraldo por la veracidad de la caja sobre la cual se asegura que fue asesinado Córdova, aquél contestó: “De esto yo nada sé; me figuro que estaría a los pies de la cama, y como esta era corta, al enderezarse Córdova se resbalaría hasta ella”³³.

Otro mito muy arraigado es el de la frase atribuida a Bolívar al saber la noticia de la muerte de Córdova. Esta frase al parecer también se debe a la frondosa inventiva de Jaramillo Córdova. Según él, Bolívar reaccionó ante la noticia como el rey David al saber la muerte de su hijo Absalón y pronunció la frase rebuscada: “¡Córdova, Córdova! ¡Mi Efestión, mi amigo, mi valeroso Ney! ¡Una sola gota de su sangre valía más que todos sus enemigos!”³⁴.

En un significativo artículo titulado *Aspectos históricos del trauma en Colombia. Los últimos días del general José María Córdova*³⁵, el médico e historiador Fernando Guzmán Mora se dio a la tarea de compilar

31 Ignacio Giraldo. *General José María Córdova. Perfiles Históricos*. Órgano del Centro de Historia de El Santuario. No. 14, julio 1993, pp. 36 y 38.

32 Plutarco. *Vidas paralelas. Marco Craso*, párrafo XI.

33 Eduardo Posada, *Biografía de Córdova*, documento 265.

34 Federico Jaramillo Córdova. *Biografía del benemérito general José María Córdova*. Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1876.

35 Fernando Guzmán Mora, MD. *Aspectos históricos del trauma en Colombia. Los últimos días del general José María Córdova*. www.encolombia.com/medicina/libros/fmc-trauma-vol1-15.htm

las frases que en realidad escribió Bolívar antes y después del magnicidio de Córdoba. Son las siguientes:

Carta al general Mariano Montilla, 25 de octubre de 1829. “Las locuras de Córdoba serán sofocadas por más de cinco mil hombres que han marchado contra ese enemigo de su patria...”

Carta al doctor José María del Castillo y Rada, 26 de octubre de 1829. “Las locuras de Córdoba serán bien pronto sofocadas...”

Carta al general Rafael Urdaneta, 26 de octubre de 1829. “Estoy muy satisfecho de la actividad y del acierto con que ustedes se han manejado con las ocurrencias de Córdoba; todos los movimientos de tropa y demás medidas que se han tomado, y hasta elección del jefe que hubiese de mandar a aquéllas están muy de acuerdo con las providencias que yo había tomado desde acá; y las tropas del Cauca y las demás que están en marcha coincidirán muy oportunamente a exterminar a los facciosos...”

Carta al mismo, 10 de noviembre de 1829. “También estoy impuesto de los últimos sucesos contra Córdoba y del miserable y trágico fin de su caída. O’Leary me escribió desde Marinilla dándome parte de su victoria contra los facciosos en el Santuario y, sin duda (...) son muy dignos de la gratitud nacional...”

Carta al general Pedro Alcántara Herrán, 10 de noviembre de 1829. “Muy acreedor es usted como otros a la gratitud nacional y a que yo le tribute las gracias por el término feliz de la insurrección atolondrada del desgraciado Córdoba...”

Carta a José Manuel Restrepo, 22 de noviembre de 1829. “Mucha ha sido la utilidad y mucho el acierto con que se han manejado los negocios contra Córdoba, y a ello se debe la pronta y feliz terminación de la rebelión...”

Carta a Estanislao Vergara, 22 de noviembre de 1829. “El brillante triunfo adquirido sobre Córdoba...”

Carta al general Rafael Urdaneta, 22 de noviembre de 1829. “En todo el negocio de Antioquia se ha obrado con mucha actividad y celo, por consiguiente, todo ha salido maravillosamente bien...”

Y, termina diciendo el doctor Guzmán Mora, “obviamente, Bolívar premia a O’Leary cuando lo nombra embajador ante los Estados Unidos. En carta al presidente de esa nación en 12 de febrero de 1830, escribe:

“Hemos nombrado de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario (...) al señor general de brigada Daniel Florencio O’Leary, uno de nuestros más distinguidos ciudadanos...” Irónicamente, en la fecha de esta carta se conmemoraban diez años de la acción de Chorros Blancos, en la cual Córdova derrotó al coronel Warleta e impidió una segunda Reconquista española.

Durante mucho tiempo imperó un estilo de hacer historia consistente en quitar de en medio todo cuanto le hiciera sombra a la estatua impoluta de Bolívar. Así, el obispo Nicolás Eugenio Navarro escribió en 1949: “Todos los problemas referentes a la autenticidad del manuscrito que lo contiene [al *Diario de Bucaramanga*] (...) quedaron luminosamente resueltos en ese exhaustivo estudio crítico, y hoy podemos ofrecer un texto genuino del célebre códice (...) limpio de aquellos lunares con que el rencor exacerbado contra determinados personajes de parte del cronista lo afeara, hasta con la funesta secuela de hacer odiosa para muchos la figura excelsa del Libertador.

“El concienzudo crisol a que sometimos la obra de Peru de Lacroix (...) nos autoriza para garantizar como única legítima la traslación de esa obra que ahora damos a la publicidad”³⁶. El *concienzudo crisol* consistió en recortarle uñas y colmillos al *Diario salvaje* y, lleno de afeites, dejarlo convertido en una caricatura para que no afeara la *figura excelsa* de Bolívar.

Por su parte, la profesora Inés Quintero, de la Universidad Central de Venezuela, dijo en una reseña de la película *Manuela Sáenz*:

“En 1883, en ocasión del primer centenario del nacimiento de Bolívar, se imprimieron en Venezuela las *Memorias* de Daniel Florencio O’Leary,

36 Mons. Nicolás E. Navarro. *Introducción*. En: Louis Peru de Lacroix. *Diario de Bucaramanga*. Edición acrisolada por Mons. Nicolás E. Navarro. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1978.

por mandato del *Ilustre Americano*. La monumental edición de más de treinta tomos se llevaba a cabo sin contratiempos hasta que llegó el momento de publicar el volumen en el que, inevitablemente, aparecían las cartas de Bolívar y su amada. La decisión de Guzmán [se refiere al dictador Antonio Guzmán Blanco] fue impedir su publicación y ordenar que se quemasen los originales del irlandés. «La ropa sucia se lava en casa y jamás consentiré que una publicación que se hace por cuenta de Venezuela amengüe al Libertador» fueron las palabras de Guzmán y así se hizo. En 1914 aparecieron los pliegos que se salvaron de la candela y, finalmente, salieron a la luz pública.

“Sin embargo, en 1949 nuevamente se condenaba a las llamas la memoria de Manuela. En este caso el censor piromaniaco era Augusto Mijares, para ese entonces Ministro de Educación. La obra arrojada al fuego era una traducción de las *Memorias* de Boussingault. Se oponía Mijares a que, con el sello editorial del ministerio, se dieran a conocer las «necedades y calumnias» que el francés había escrito contra Bolívar y las mujeres de América. Los cuentos de Boussingault no pasaban la censura de Mijares, biógrafo del Libertador. Y así se hizo. El fragmento del francés referido a la Sáenz lo publicó, treinta años después, José Agustín Catalá³⁷.

En síntesis: el conocimiento de la biografía de Córdova se ha visto entorpecido por la mala fe de los enemigos del prócer y la buena fe de sus amigos. Todos llegan por distintos caminos al mismo lugar común: la distorsión. Lo grave del caso es que haya personas e instituciones dedicadas a extender el estudio de la historia, que sigan repitiendo sin análisis crítico las verdades a medias que sabían los estudiosos del siglo XIX y comienzos del XX. A esto hay que agregar otros factores que afectan el estudio de la historia de Colombia, en particular en la secundaria: la colonización invisible por parte del imperio, que bombardea a la juventud con usos y costumbres, tradiciones culturales y giros lingüísticos ajenos a nuestra identidad; la reforma a la educación de 1983, durante la presidencia del doctor Belisario Betancur³⁸, que dejó por fuera del bachillerato el es-

37 Inés Quintero. *Manuela Sáenz, una biografía confiscada*. Universidad Central de Venezuela. www.analitica.com/bitlibrioteca/iquintero/manuela.asp

38 *Boletín de Historia y Antigüedades*, Nos. 742, julio-septiembre 1983; 743, octubre-diciembre 1983; 752, enero-marzo 1986.

tudio de la historia patria, a pesar de las voces que levantaron entonces las academias de historia y los principales periódicos del país; y el atrincheramiento en el dogma de ciertas facultades de Historia, cuya actitud ante la materia se asemeja más al ceremonial y la mitología de una sociedad secreta que a la proyección pedagógica y social que debería tener.

El reto de la Academia Antioqueña de Historia al iniciar el siglo XXI no es ya el de sus primeros cien años, a saber, el recaudo de información histórica, sino encarar esa información con las herramientas científicas que exige el tenor de los tiempos, y en particular la aproximación crítica al discurso histórico para asegurarse de no dejar de lado la demostración como fundamento de su validez. Y es que la ciencia es un movimiento en esencia crítico, es decir, siempre comienza por la crítica de una interpretación previa, en tanto que la ideología excluye la autocrítica, tiene una respuesta para todo y, como dejó escrito el pensador Estanislao Zuleta, “en tal sentido es mucho más cómoda, completa y, sobre todo, tranquilizadora”³⁹.

Las exigencias de nuestra época ya no admiten la actitud de avanzar con la cabeza vuelta atrás, pendientes y dependientes de la seguridad que promete la ideología. La fábula de la mujer de Lot proclama que quien obre de tal manera, tarde o temprano terminará anquilosado en la postura pétrea del dogma.

39 Estanislao Zuleta. *“Acerca de la ideología”*. *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Cali, Arte Color Impresores, 1994, pág. 175.